

GILL THOMPSON

**LA
NIÑA
DEL
ANDÉN**

Traducción de Antonio Prometeo Moya



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2020

*Para Leonie y Corinne,
de vuestra abuela, que os quiere y os adora*

«Si entender es imposible, conocer es imperativo, porque lo que sucedió podría repetirse».

PRIMO LEVI

Prólogo

Praga, 1930

Eva ya había echado hacia atrás la banqueta del piano, y estaba a punto de guardar en la cartera los cuadernos de música, cuando el profesor Novotny levantó la mano para detenerla.

–Solo un momento más, pequeña. –Su afilado dedo apuntó al cielo, imitando el número mencionado–. Me gustaría que te llevaras a casa una pieza.

Mientras el profesor revisaba la oscilante torre de partituras que había encima del piano, Eva miró el reloj de madera de la pared. Las cuatro y media. Esperaba que aquello acabara pronto. La sala de ensayos del conservatorio estaba ya más oscura que cuando había empezado la clase y las sombras se alargaban en el suelo. «Vamos, vamos». Apoyó las yemas de los dedos en las teclas amarillas para tranquilizarse al contacto con el frío marfil.

–Ah, aquí está. –El profesor Novotny resoplaba a causa del esfuerzo que le había costado encontrar la partitura–. Hector Berlioz. Es una villanella, de *Les nuits d'été*. Una de las obras menos conocidas del compositor. –Encendió la lámpara del techo y la habitación se iluminó.

–¿Una villa... nella?

A pesar de la prisa, la muchacha se sintió intrigada. Se levantó cuando el profesor le indicó con la mano que se echara a un lado del piano, para que viera cómo tocaba él.

—Sí. Una canción secular italiana. —El profesor se sentó en la acolchada banqueta, produciendo un ruido blando y susurrante—. Esta es una celebración de la primavera y de un nuevo amor. Una pieza perfecta para una muchacha. —Se caló las gafas que le colgaban del cuello, como si se preparase para tocar, pero volvió a quitárselas. Las gafas, pendientes del cordón, se balancearon sueltas—. El año que viene habrá un concierto en el Rudolfinum, un homenaje a la obra de Berlioz. He pensado que podrías interpretar la villanella. Sería tu primera aparición pública en solitario.

Eva lanzó un bufido de protesta, pero el profesor agitó la mano ante ella.

—Los certámenes infantiles en que participaste no cuentan.

«¡Certámenes infantiles!». Eva enderezó la espalda. ¿Acaso no los había ganado todos? Incluso el prestigioso Premio Dvořák para Jóvenes Talentos. Por su cabeza pasó una imagen, un recuerdo, el momento de levantar la pesada copa de metal y el rumor creciente de los aplausos.

El profesor apoyó las dobladas páginas de música en las guías metálicas del soporte.

—La tocaré un poco. Por favor, pasa las páginas. —Volvió a calarse las gafas.

Eva se puso detrás de él, esforzándose por permanecer inmóvil; habría sido una grosería parecer impaciente. Pero por dentro deseaba que el profesor Novotny tocara solo unos cuantos compases. Sabía que la tra-

taba con severa disciplina porque estaba orgulloso de ella, y ella ponía todo el interés de que era capaz, pero las barrocas manecillas del reloj indicaban que eran ya las cinco menos veinte. Y aquel día, precisamente aquel, no podía permitirse el lujo de retrasarse.

–Escucha. Oirás a los amantes vagar por el bosque y recoger fresas silvestres.

Eva se sonrojó al oír la palabra «amantes». A veces el profesor le hablaba como si tuviera más de dieciséis años. Pero cuando empezó a oír las notas, oyó también un ligero rumor de pasos y sintió en la cara la frescura de la brisa primaveral.

Miró por encima del hombro del profesor. Bajo sus ahusados dedos, las notas que corrían por el papel pautado se transformaban en una melodía etérea. Burlona, jovial. Eva siempre había visto las notas como si fueran personas. Las filas de corcheas agrupadas –las corcheas y semicorcheas son las notas de menor duración– eran como equipos de jóvenes desgarbados que calzaban botas de fútbol al final de sus largas piernas; o coros de esbeltas bailarinas que ejecutaban la *lúcrica* con zapatos negros y los brazos enlazados. Las negras aisladas –que duran el doble que las corcheas– eran profesores, tiesos como el palo de una escoba, delante de sus alumnos. Y las blancas, las largas blancas, eran poderosos generales que ordenaban a sus soldados que estuvieran firmes e inmóviles. Pero si Eva tuviera que ser una nota, habría querido ser una realmente larga: una breve, fuerte y solitaria, rodeada de espacio y silencio.

El profesor terminó de tocar con una frase de adorno y le alargó la partitura.

–Deberes para casa. Empieza esta misma noche.

Las notas siguieron flotando en el aire hasta que el cercano ocaso otoñal ahogó la promesa primaveral de la melodía. El sol debía de estar ya muy cerca del horizonte. Eva sintió un tirón en el estómago. En su cabeza empezó a insinuarse un latido, un *allegro*.

Guardó la partitura en la cartera y se puso el abrigo.

–Gracias, profesor Novotny. Procuraré practicar.

–Practica, practica. En la próxima clase quiero oírte tocar a la perfección.

–Desde luego.

La mano de Eva estaba ya en el tirador de la puerta y sus dedos se cerraron alrededor de la pulida y grasiента superficie. Echó una última mirada al reloj: casi las cinco. La dichosa villanella había consumido más tiempo del que había percibido. Ahora tendría que correr como una liebre.

–Adiós, pequeña.

–Adiós, profesor Novotny. Y gracias por la clase.

El profesor inclinó la cabeza y la lámpara del techo iluminó su mondo cuero cabelludo. Eva salió corriendo.

Corrió por las ensombrecidas calles con la cartera de música bajo el brazo, con fuego en el pecho y la respiración entrecortada. A pesar de su urgencia, la melodía de Berlioz seguía bailoteando en su cabeza y tendía a adaptar sus pasos a los acordes que las moteadas manos del profesor Novotny habían arrancado a las teclas. Se veía corriendo por el bosque con su amado, lejos de los sofocantes confines de la ciudad, con los sentidos atentos al canto de los pájaros y al penetrante perfume de las fresas. Sentía el aliento del joven en la mejilla, la

boca del joven en la suya y tal vez también –si su piel no hubiera sido sonrosada se habría sonrojado del todo– el cuerpo del joven pegado al suyo. El fuerte olor a café que salía por debajo de la puerta del Kotva le recordó dónde estaba. Al pasar por delante de la cafetería entrevió figuras en sombras que se llevaban tazas a los labios, gesticulaban mientras hablaban y expulsaban nubecillas de humo de los cigarrillos Stuyvesant, la brasa de cuyas puntas brillaba roja en la oscuridad. Qué placer poder quedarse en aquellas mesas con las amistades y no verse obligada a correr a casa por culpa del toque de queda.

Eva levantó la cabeza hacia el sol poniente. *Mutti* habría terminado ya las faenas domésticas, la *jalá* estaría ya cocida y esperando en el paño de encaje, con la hinchada y trenzada corteza resplandeciendo a causa del baño de huevo y oliendo a pan recién hecho. Se habría puesto el vestido gris y el pañuelo de gasa en la cabeza y habría bajado a encender las velas. Los candeleros de plata brillarían porque ella misma los había pulido.

Abba, con su traje negro y su taled, habría llenado el cáliz del *kidush* con vino dulce y habría ensayado en voz baja la bendición de las hijas que pronunciaría en voz alta más tarde, con sus cálidas manos en la cabeza de Eva:

Que seas como Sara, Rebeca, Raquel y Lía.
Que Dios te bendiga y te guarde.
Que Dios te favorezca y sea generoso contigo.
Que Dios te muestre su bondad y te dé paz.

Si *Abba* hubiera tenido hijos, habría pedido a Dios que fueran como Efraín y Manasés, dos hermanos que

vivieron en armonía. Pero no había tenido hijos. Solo a Eva. Hija única y querida.

Ya se veía flotando la niebla procedente del Moldava y Eva aspiró el aire húmedo mientras seguía corriendo por la acera. No se atrevió a detenerse para toser con firmeza, así que procuró aclararse la garganta respirando superficialmente mientras corría. No estaba acostumbrada a ir tan deprisa. La clase terminaba antes casi todos los días y podía ir andando al Josefov, la judería, por calles bien iluminadas. Pero caía la noche y la ruta más corta para ir allí pasaba por el cementerio.

Toda ella vibró con un animado latido. ¿Se atrevería? Puede que cerraran con el toque de queda. *Mutti* le había dicho muchas veces que no se apartara de las calles principales, llenas de gente que volvía del trabajo. Era un camino más largo, pero seguro. A pesar de todo, Eva se detuvo en la acera para observar el sinuoso sendero que cruzaba las tumbas. Las viejas lápidas estaban apiladas, como si las fosas se hubieran cavado a toda velocidad, no en filas ordenadas como en los cementerios modernos. El viento soplaba entre los árboles y las ramas temblaban. Para amortiguar los saltos del corazón imaginó que estaba en el Rudolfinum, tocando en un Steinway negro y resplandeciente, ante un público sin rostro que escuchaba su ejecución pasmado y en silencio.

Apoyó la palma en una de las puertas de metal oscuro y esta cedió lentamente. Puede que fuera una señal de que debía cruzar el cementerio. Así recuperaría parte del tiempo perdido.

Tratando de revivir la melodía de Berlioz, de recordar las emociones de la primavera y de sofocar las inquietudes del otoño, se coló por la puerta. El rocío ha-

bía caído ya y las hojas que pisaba estaban húmedas. Sus medias arrastraban hierbajos que tenía que desprenderse sacudiendo las piernas. Allí no tenía sentido correr; las lápidas estaban demasiado juntas, el sendero trazaba demasiadas curvas. Pero de todos modos apretó el paso, atenta a cualquier peligro.

Los castaños de Indias y los sicomoros filtraban los oblicuos rayos del sol. Las lápidas flanqueaban el sendero con la superficie cubierta por viejos símbolos y caracteres antiguos. *Abba* le había dicho en cierta ocasión que en algunas tumbas había enterrados hasta diez difuntos, unos encima de otros, para ahorrar espacio. Eva se estremeció a pesar del abrigo de sarga.

Había recorrido ya la mitad del camino cuando oyó fuertes pisadas de botas, una risa áspera y una tos chirriante. Se quedó petrificada.

—¿Quién está ahí?

No respondió nadie, pero al otro lado de las oscuras lápidas entrevió una tela del color de las galletas. Sintió que la sangre le corría a toda velocidad por los oídos.

—¿Quién está ahí? —repitió. La voz le salió cascada.

Detrás de un árbol apareció una figura uniformada. Era un joven, no tendría ni veinte años, con un mechón de pelo rubio que le caía por la frente.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Una señorita? —dijo con voz burlona y lasciva.

Eva se ciñó el abrigo con fuerza y procuró no hacer caso del galope de su corazón desbocado.

Entonces apareció otro joven. Luego otro. Eva dio media vuelta. Detrás de ella aparecieron otros dos. Estaba rodeada. Eran cinco soldados jóvenes y los cinco llevaban brazaletes rojos.

¿Era lo que *Mutti* había temido al advertirle que no se internara en el cementerio? Eva había dicho que sí con la cabeza en su momento, solemnemente, pero mentalmente había desestimado el consejo materno. Todas las madres decían lo mismo. ¿O no? Naturalmente, tenía cuidado. Aunque en los últimos tiempos incluso ella se había sentido incómoda al ver a jóvenes alemanes parados en las esquinas, murmurando entre sí y señalando a los viandantes. Aquellas Juventudes Hitlerianas parecían estar últimamente en todas partes.

Rodeada por el grupo de jóvenes amenazadores y con aquel uniforme tan inconfundible, lamentó no haberse tomado más en serio la advertencia de *Mutti* y también su propio retraso. La saliva se le acumuló en la boca; tenía la garganta demasiado seca para tragar.

El primer muchacho se le acercó.

—No tengas miedo, preciosa.

Eva se mantuvo firme e hizo un esfuerzo para que no se le notara el pánico. Pero cuando abrió la boca para pedir socorro, el muchacho se lanzó sobre ella y se la tapó con la mano.

Miró aterrorizada a los otros jóvenes.

El muchacho aflojó la presión de la mano, pero no la bajó, por si la chica quería gritar otra vez.

Eva apretó los puños.

—Qué ropa tan bonita —murmuró el joven, bajando la mano para acariciarla por encima del abrigo. Eva sufría sacudidas involuntarias y no podía impedir que el aliento agrio de él le envolviese la cara.

El muchacho, poco a poco, le desabrochó los botones grises del abrigo. Los otros jóvenes miraban y esperaban.

–Sujetadle los brazos.

Eva forcejeó cuando quiso quitarle el abrigo, pero el que estaba detrás de ella la asió por las muñecas hasta que le arrancaron la prenda y la arrojaron al suelo.

El chico se acercó a ella otra vez. Le acarició las mejillas con suavidad, le pasó un dedo por la barbilla y lo bajó por el cuello y la yugular. Levantó con cuidado la cadena de oro que Eva llevaba siempre. Ella estaba como hechizada, a pesar de su miedo.

–Bonito collar. –Fue casi un susurro.

¿Quería robárselo? Eva introdujo un dedo por debajo de la cadena y tiró de ella para que él pudiese ver la estrella de oro que colgaba del extremo, la estrella que solía llevar oculta bajo la blusa.

El muchacho se la quitó sin brusquedad ni violencia, abriéndole los dedos uno por uno, y levantó la estrella para verla a la luz decreciente del atardecer.

La cadena se hundió en la nuca de la joven, que se quejó en silencio.

–Muy interesante. –La miraba a ella, pero había hablado para sus compañeros, que se burlaron y rompieron a reír.

El hechizo se había roto. El joven soltó el colgante con brusquedad.

–No la quiero. –Sus facciones se endurecieron y dio un empujón a Eva–. Es toda tuya, Otto. –Giró sobre sus talones y llamó por señas al joven más bajo del grupo.

Eva dejó escapar el aire que retenía del modo más silencioso que pudo. ¿Se atrevería a escapar? El chico que parecía tener la iniciativa le daba la espalda ahora; puede que fuera su oportunidad. Bajó la cabeza para echar a correr hacia el hueco que se había abierto en el círculo.

Pero el joven de menor estatura fue empujado por sus guasones compañeros, y el cerco se estrechó para impedir que el joven escapara y con ello se cerró al mismo tiempo la única salida que había visto Eva.

El chico en cuestión se acercó a Eva. Era delgado, poquita cosa, con el pelo tan rubio que casi parecía blanco y unas pestañas tan claras que apenas se veían.

Si hubieran estado solos, Eva se habría podido defender. No era cobarde. Habría propinado patadas, puñetazos y escupitajos hasta que el chico la hubiera dejado en paz. Pero rodeada por un muro de soldados rijosos, no tenía escapatoria. Echó las manos a la espalda y sus dedos recorrieron la parte superior de una lápida, en busca de algo con que defenderse. Pero si alguna vez había habido piedras en el borde, habían desaparecido hacía mucho.

—Vamos, Otto, no tendrás miedo, ¿verdad? —El muchacho del principio, que había retrocedido para integrarse en el muro, incitaba al chico que estaba ya delante de Eva.

—Venga, vamos, Otto, que se nos congelan las pelotas.

El chico rio dejando escapar un graznido extraño y escalofriante que reveló su nerviosismo.

Aunque los jóvenes se expresaban en alemán, Eva los entendía a la perfección. Todas las familias del Josefov hablaban alemán en casa. El estómago de Eva se contrajo. El aire entraba en sus pulmones con una especie de gemido.

—Por favor, no me hagas daño, mis padres me están esperando. —La voz le salió aflautada. ¿Por qué no hablaba de un modo más amenazador? Puede que obtuviera algo si apelaba al sentido del honor del chico. Este

parecía vacilar; a lo mejor conseguía convencerlo. Si era capaz de entender lo importante que era para ella llegar a casa, a lo mejor la dejaba en paz.

Pero como sus compañeros lo abucheaban y al mismo tiempo lo animaban haciendo gestos extraños con las manos, el chico respondió a las ruidosas provocaciones. Entornó los ojos y apretó los labios con amenazadora determinación. Arrancó un gargajo y se lo lanzó. Eva, demasiado aterrorizada para limpiarse, dejó que la flema le corriese mejilla abajo.

Acto seguido, el chico alargó la mano y le arrancó el colgante. La cadena se rompió inmediatamente y quedó abandonada entre las hojas mustias de otoño. El grupo lanzó un grito de triunfo.

Otro joven le rasgó la blusa tirando de ella violentamente. Otra aclamación.

Todos se lanzaron entonces sobre ella, le rasgaron la falda y las medias con tirones frenéticos, sus caras tensas y sudorosas se contraían a la luz de la luna y el aire se espesaba con el aliento cervecero que exhalaban. Y mientras tanto cantaban una desagradable canción de borrachos que brotaba de sus gargantas como mugidos estentóreos, monótonos y desapacibles.

Eva cruzó los brazos sobre el pecho para proteger con todas sus fuerzas la combinación de color crema. Pero uno le asió las muñecas, le apartó los brazos y le quitó la prenda dándole tirones y rompiendo el delicado tejido que *Mutti* había cosido a mano.

La empujaron y cayó de espaldas, aún con el abrigo puesto. El blando forro de la prenda amortiguó el golpe que recibió en la cabeza al darse contra el suelo.

Los muchachos volvieron a lanzarse sobre ella.

Lo primero que penetró en su conciencia fue que un búho ululaba lastimeramente en el aire frío. Sus dedos se hundieron en la tierra húmeda; en sus fosas nasales entró el olor mohoso de las hojas. Pero el hedor animal de su propia sangre seguía allí. Encogió el magullado cuerpo hasta formar una bola, para tapar el negro miasma y borrar el recuerdo de la risa nerviosa del chico.

La hora de la bendición del *sabbat* había pasado hacía mucho. Los angustiados padres de Eva estarían en aquellos momentos ante una mesa vacía y preguntándose por enésima vez dónde estaría su devota y obediente hija, que sabía muy bien que todos los buenos judíos debían estar en casa al caer la noche de aquel santísimo día.

PRIMERA PARTE

1933-1939

1

Hampstead, Londres

Pamela oía los gritos de Hugh incluso debajo de la cama de Will. Estiró la mano otro poco, haciendo una mueca al sentir dolor en la axila, hasta que sus dedos rozaron el calcetín. Reptó hacia atrás, con la prenda en la mano, para salir de la presión del abombado centro de la cama.

–¡Enseguida! –Sacudió el calcetín, que había acumulado mucho polvo. Su hijo solo llevaba en casa cuatro semanas y solo el cielo sabía cómo había ido a parar allí. Pero al menos tenía ya el par completo. Levantó la tapa del baúl, encontró el otro calcetín (él no se habría molestado en buscarlo personalmente), hizo una bola perfecta con los dos y los dejó en el lateral–. Ya está listo el baúl, Hugh –dijo, apretando la tapa para cerrarlo.

Hubo un rápido tamborileo de pasos en la escalera y Hugh irrumpió en la habitación.

–Will está ya en el coche –dijo levantando el baúl–. Diantre, Pamela, ¿qué has metido aquí?

Pamela cogió la otra asa y salió al descansillo detrás de su marido.

–¿No te acuerdas? En la escuela dijeron que embalará también el bate de críquet y las espinilleras para la

siguiente temporada. Para que los muchachos puedan practicar.

Habían tenido que ir con Will a Harrods para comprar ropa blanca de críquet. Pamela sonrió al recordar el momento en que su hijo salió del probador, haciendo como que le lanzaba una pelota a Hugh, y este le siguió el juego haciendo como que la bateaba. Por suerte, Will había heredado la complexión delgada y fuerte de su padre y era competente en los deportes. Pamela había sufrido mucho, temiendo que lo maltrataran, como a todos los novatos, cuando llegó a Cheam. Pero su aptitud para los deportes de equipo le había granjeado el respeto de los compañeros y los profesores, y se había adaptado bien.

No fue fácil bajar el baúl por la escalera y más de una vez Pamela se dio un golpe en las rodillas. Esperaba no hacerse una carrera en las medias. Hugh se enfadaría aún más si tenía que subir en busca de otro par, pero afortunadamente no sintió la reveladora cesión de la seda. De todos modos, el vestido le llegaba hasta las pantorrillas, así que no se le vería mientras estuviera de pie. Además, no iban a quedarse mucho en la escuela: un rápido abrazo, nada de lágrimas, Will desaparecería con sus amigos y ella y Hugh volverían al coche para emprender el largo, triste y silencioso regreso.

—Pero ¿qué hace Kitty? —dijo Hugh mientras se hacía cargo del baúl, sujetándolo por las dos asas, para salir por la puerta principal de la casa.

—Cocinar. Esta noche vienen a cenar los Palliser, ¿no te acuerdas?

Hugh solía invitar a gente cuando llevaban a Will a la escuela. Pamela hacía mucho que sospechaba que lo hacía para que ella no echara de menos al hijo.

–Pero podría venir a echar una mano.

–No hace ninguna falta. –Pamela volvió a sujetar el asa y llevaron juntos el baúl por el camino del garaje–. Ya casi estamos.

No le parecía apropiado que Kitty hiciera cosas como aquella. Sabía que debía tratarla como a una criada y no como a una amiga, pero no le parecía decente dar órdenes a otra mujer. Cuando era más joven, todo el mundo ayudaba a Mamá. La verdad es que entonces no tenían suficiente dinero para contratar servicio, pero aunque hubieran podido permitirselo, la gente se habría limitado a decir que eran unos arrogantes.

Se instaló en el asiento de atrás, al lado de Will, mientras Hugh cerraba el maletero. Alargó las manos hacia su hijo y el joven se inclinó para abrazarla. Pamela tragó saliva. Temía el momento en que Will dejara de abrazarla o dejara de consentir que ella le acariciase el negro y espeso pelo. Todavía, cuando el muchacho estaba muy cansado, se acurrucaba junto a ella en el sofá y pegaba su cálido cuerpo al suyo. Cierta vez, pensando que ella no lo miraba, lo sorprendió chupándose el pulgar. Hugh lo habría reprendido por aquello –«Un joven de tu edad comportándose como un niño, qué vergüenza»–, pero Pamela imaginaba que en la escuela no tenía más remedio que reprimir aquellos gestos de consuelo, por eso no creía que le perjudicase recuperar algunos cuando estaba en casa.

A los once años estaba en el punto crítico de la pubertad. Puede que cuando volviera por Pascua hubiera crecido, en estatura y en anchura. Necesitaba más que nunca el cariño materno. Se tardaban menos de dos horas en llegar a Cheam; no sería suyo mucho más tiempo.

Will volvió la cabeza para mirar por la ventanilla y se soltó un poco del abrazo, aunque no apartó a su madre.

–¿Estás bien? –le preguntó ella. El chico se volvió para mirarla y asintió con la cabeza–. ¿Deseando empezar el nuevo curso?

–Algo así. Tengo muchas ganas de volver a ver a Merrow-Jones y a Carter, para saber lo que les regalaron por Navidad.

No lo pasaría bien oyendo hablar de los regalos que habían recibido sus amigos, ya que su propia familia no celebraba la Navidad. Otro problema consecuencia de no haberlo enviado a un colegio cuáquero. Pamela le dio un apretón en el hombro.

–Eso está bien. Imagino que les enseñarás el nuevo uniforme de críquet.

Will puso la mano encima de las de su madre.

–Todos tienen uniforme de críquet, mamá. Pero tengo ganas de estar en el campo para practicar.

–Claro. –Pamela se esforzó por sonreír.

–La próxima vez que vengas nos enseñas lo que hayas aprendido –dijo Hugh por encima del hombro.

–Ya tengo ganas –respondió Will.

–Yo también –dijo Pamela–. Solo faltan cuatro semanas para las siguientes vacaciones.

–¿De verdad las cuentas?

Pamela se quedó mirando la faz sonriente de su hijo, sus mejillas sonrosadas, sus ojos brillantes. Pues claro que las contaba: las semanas, los días, las horas. Nunca dejaba de contar.

Cuando volvieron a Hampstead y Hugh hubo aparcado el coche, Pamela subió corriendo a la habitación de Will. Cuando abrió la puerta percibió la atmósfera cargada de la estancia. Ya olía a cuarto cerrado, a desolación, como si Will no hubiera dormido allí las cuatro benditas semanas de las vacaciones escolares. Se acercó a la cama para recoger el viejo pijama de rayas y doblarlo cuidadosamente. Se le había quedado pequeño. Habían tenido que comprarle otro para la escuela, junto con el uniforme blanco de críquet.

Kitty quería lavarlo y luego romperlo para hacer trapos para el polvo. Pero Pamela no quería entregárselo todavía.

Le costó empolvarse la cara para ocultar las lágrimas y bajar para ver lo que hacía Kitty. Habían planeado juntas el menú unos días antes: falsa sopa de tortuga, pollo a la crema, espinacas con patatas tempranas y peras *à la condé*. Pamela había elegido adrede un menú sencillo. En su interior había algo que se rebelaba contra los excesos y, además, los Palliser estaban pasando un período económicamente difícil. Habían tenido que despedir a la cocinera: ahora Josephine tenía que preparar las comidas ella misma. A Pamela le resultaba muy embarazoso que Hugh estuviera ascendiendo profesionalmente mientras sus amigos pasaban apuros. Quería darles una comida presentable sin que se sintieran incómodos.

Kitty removía la sopa en el fogón. Detrás de ella, en la amplia mesa, los cuencos, las fuentes y las soperas se encontraban distribuidos con precisión militar. Junto a ellos, al lado del cuenco de las peras, había un pollo medio vaciado. Pamela miró alrededor con nerviosismo para cerciorarse de que Felix no estaba visible.

–¿Va todo bien, Kitty?

–Sí, señora. Todo bajo control.

Pamela volvió a fijarse en el pollo.

–Podrías hacer caldo con la carcasa. Me vendrá bien para el almuerzo mañana. –Siempre lo habían hecho así en su casa. Su madre, a veces, conseguía que un pollo durase tres días. Incluso siendo seis a la mesa. Como es de suponer, encontrar el último día una hilacha de pollo en la masa aguanosa de cebada perlada y verduras era una suerte.

–Muy bien, señora. –Kitty giró el botón de un quemador y el burbujeo de la sopa se redujo un poco.

–¿Puedo ayudarte en algo?

Kitty echó un vistazo a la inmaculada cocina.

–Puede que con las tarjetas... –murmuró.

–Desde luego. Las escribiré inmediatamente.

–Muy bien, señora.

Pamela fue a coger una estilográfica en el buró del salón. Oyó un suspiro de alivio por encima del burbujeo de la sopa.

Más tarde, mientras le anudaba la corbata a Hugh, sintió una vez más el asombro que la embargaba cada vez que pensaba que el tímido joven cuáquero que había conocido en el templo se había convertido en aquel hombre seguro y eficaz. Cuanto más progresaba Hugh en el Ministerio de Exteriores, más parecía desprenderse de su educación sencilla y adoptaba con facilidad alarmante un estilo de vida lujoso, con ropas caras y buena comida. Incluso parecía disfrutar con los conciertos y óperas a los que asistían por obligación. Y a

veces Pamela se avergonzaba un poco de que ella también.

Se alisó el vestido de seda azul delante del espejo. El color era apagado y el corte sencillo. Nunca llevaba joyas. A pesar de eso, la figura que veía ante sí aún parecía más la de una anfitriona de la sociedad elegante que la de una mujer con una educación modesta y puritana. Apretó los labios mientras se perfumaba el cuello con Chanel. ¿Tan fácilmente los había cambiado el dinero a ella y a Hugh? La labor humanitaria que llevaba a cabo, recogiendo ropa y comida para los niños alemanes, le recordaba casi diariamente que había muchas personas menos afortunadas que ellos. Esperaba sinceramente que cuanto más influencia consiguiera Hugh, más ayuda pudieran prestar a aquellas pobres familias perseguidas.

En la cena solo hablaron de economía. Wall Street, el patrón oro, reformas presupuestarias... A Pamela le costó concentrarse. Estaba demasiado ocupada comprobando que la sopa no estuviera demasiado salada ni las patatas demasiado cocidas. Procurando que Kitty repusiera el vino en los vasos de los invitados, que Hugh no bebiera demasiado. En los tiempos en que habían empezado a recibir invitados, habían sostenido largas conversaciones sobre la moralidad de servir alcohol. Iba contra todas sus enseñanzas de cuáqueros, pero Hugh pensaba que no debían imponer sus convicciones a los invitados y Pamela había accedido, aunque a regañadientes. Por entonces Hugh alternaba con ellos sin ningún reparo.

Fue un alivio cuando Kitty sirvió el oporto a los hombres y ella acompañó a Josephine al salón para tomar el café.

Josephine había estado callada durante la cena y Pamela quiso llevársela del comedor. Empuñó la cafetera, sirvió el humeante café y alargó la taza a Josephine.

—¿No mejoran las cosas? —murmuró.

Ya estaba acostumbrada a imitar la educada forma de hablar de sus amigas; hacía mucho que había abandonado el acento con el que había crecido. Otra concesión a la falta de autenticidad. Pero Hugh la había convencido de lo importante que era para ella estar integrada.

Josephine negó con la cabeza.

—Si Philip no encuentra pronto más trabajo, creo que vamos a necesitar algunas de esas provisiones que recoges para los niños extranjeros. —Torció la boca.

Pamela dejó la cafetera con precipitación y derramó un poco de café en la mesa. Lo secó con el pañuelo.

—Ya sabes que ayudamos todo lo que podemos.

Josephine dio un suspiro.

—Sí, me consta. Pero me parece raro que hagáis tanto por los alemanes cuando hay niños ingleses que pasan hambre.

Pamela se volvió a medias para servir café en su taza.

—Los cuáqueros no distinguimos entre nacionalidades. Todas las personas son iguales. Si hay una necesidad, procuramos remediarla.

—Muy loable —murmuró Josephine, dando un sorbo a su taza.

Pamela sonrió ligeramente. Sabía que a los Palliser les molestaba que ayudara a los niños alemanes, pero

no estaba dispuesta a renunciar a sus obras de caridad. Por nadie en absoluto.

Gracias a Dios, la conversación se centró enseguida en los propios hijos. Josephine y Philip también tenían un varón, James, que estudiaba asimismo en Cheam e iba un curso por delante de Will. Por suerte, estudiaba con una beca, así que no se habían visto obligados a sacarlo del centro. A veces viajaban juntos, aunque después de la festividad de san Miguel Arcángel, cuando empezaba el año académico, iba cada uno por su lado. No había sitio para los dos con todo el equipaje que necesitaban para el nuevo curso.

Las hijas de los Palliser seguían en Sarum Hall a pesar de los crecientes esfuerzos de sus padres para pagar las matrículas. Pamela envidiaba a Josephine porque podía llevar a sus hijas a la escuela por la mañana y recogerlas por la tarde. Qué encantador era tener a los hijos cenando en casa todas las noches, poder observarlos en el dormitorio cuando dormían, ver su pelo derramado sobre la almohada, oír el sonido ascendente y descendente de su respiración, estar allí para tranquilizarlos si tenían pesadillas. Pamela procuraba no pensar en Will tiritando debajo de una manta gris, esforzándose por conciliar el sueño encima de un colchón con bultos en un dormitorio helado. Daba la impresión de que cuanto más se pagaba por la educación de los hijos, más espartanos eran sus alojamientos. Pero si Will estudiaba lejos había sido al menos por decisión de sus padres...; bueno, en cualquier caso, por decisión de Hugh. En cambio, debía de haber sido terrible para aquellos pobres padres alemanes que habían enviado a sus hijos a Inglaterra con

la esperanza de protegerlos de una patria crecientemente hostil en la que se preguntaban si volverían a verlos alguna vez.

Gracias a Dios, los invitados se fueron hacia las doce de la noche. Pamela se moría por quitarse el corsé y enfundarse el camisón de franela. Sentada ante el tocador, se untaba la cara con crema limpiadora mientras Hugh, sentado en la cama, hojeaba un ejemplar del *Times* un poco arrugado.

–¿Josephine está bien? –preguntó. Su voz llegaba a través del periódico.

–Creo que sí. –Pamela empezó a cepillarse el pelo. Ya no le daba los cien pases que solía cuando era niña y le colgaba por la espalda. Ahora lo tenía más corto, con ondas que le enmarcaban la cara. La semana anterior se había hecho una permanente Gallia y no quería aflojar los rizos. Dejó el cepillo y se ahuecó el cabello con los dedos-. Pero me parece que han tenido que apretarse el cinturón.

–Eso me dijo Philip. El pobre lo está pasando mal.

–Así es. –Pamela se metió en la cama y se coló bajo el periódico de Hugh-. Pero envidio a Josephine porque tiene a sus hijas con ella en casa.

Hugh dobló el periódico y lo dejó caer al suelo. Pasó el brazo alrededor de Pamela y apoyó la cabeza en la de su mujer.

–Sé que echas mucho de menos a Will, querida, pero a él le resulta muy útil estar en Cheam. Allí se mezcla con la gente que le conviene.

Pamela se apartó un centímetro.

—¿La gente que le conviene? Quienes más le convienen son otros cuáqueros, Hugh. Después de Cheam debería ir a Leighton Park. Es importante que haga la enseñanza media en un centro cuáquero.

Hugh se volvió para ahuecar la almohada y apartó a Pamela.

—Los Palliser enviarán a James a Marlborough, si consigue otra beca. Creo que como mínimo deberíamos pensarlo.

Pamela se puso boca arriba.

—Creía que estábamos de acuerdo. Tú lo pasaste muy bien en Leighton, ¿no?

—Sí, desde luego, pero mi padre no estaba en el Ministerio de Exteriores.

Pamela percibió el oportuno en el aliento de Hugh.

—¿No te preocupa que podamos estar perdiendo de vista nuestras creencias?

Hugh cerró los ojos. Se quedó tan inmóvil que Pamela se preguntó si se habría dormido.

—Sigo siendo cuáquero en el fondo —murmuró al cabo del rato—. En el gobierno hay muchos como nosotros. Podemos prestar mejores servicios desde dentro.

Pamela se puso de costado para mirarlo. Pero Hugh roncaba ya. La conversación tendría que esperar.